

El nuevo desorden internacional

Jaime de Ojeda

En medio de la celebración del V Centenario del Descubrimiento de América, y de todo su significado filosófico, cultural, económico, político y social, pocos han señalado que quinientos años después, en 1992, el mundo está cambiando en torno nuestro de manera tan dramática y radical como entonces. Las exploraciones espaciales, con las que tantos comparan el Descubrimiento de América, son insignificantes, políticamente hablando, en comparación con la radical transformación que está experimentando nuestro planeta convirtiéndose prácticamente en un Nuevo Mundo no menos desconcertante que el que comenzó a fraguarse en 1492.

Todo ha empezado con una gran alegría. De manera casi totalmente imprevista el comunismo, filosofía política que ha marcado toda nuestra época, se ha declarado en bancarrota y el régimen totalitario e imperialista de la URSS, que parecía un castillo inexpugnable de eterna amenaza, se ha disuelto en un mar de incertidumbres.

¿Quién hubiera pensado en Helsinki en 1975 que el Acta Final de la CSCE, que tantos condenaron entonces por haber “legitimado” a los Gobiernos comunistas de Europa oriental y las fronteras impuestas por la URSS, contenía el germen que lentamente destruiría aquellos regímenes y consagraría la democracia pluralista y los derechos humanos como instituciones internacionales, de mayor alcance y validez que los límites, ahora sobrepasados, de la soberanía nacional? Tampoco hubieran creído en 1949 los autores de la Carta de las Naciones Unidas que su sistema habría de encarnar con tanta fuerza la convicción de sus ideales.

No hay nación ni Gobierno, en cualquier región del mundo entero, por muy esotérica que sea su cultura y su historia, que no esté ahora inserta en este sistema ni pueda escapar a sus dictados morales y políticos ante la opinión mundial.

Como siempre, la extensión de este aplastante triunfo político es consecuencia de la revolución tecnológica de nuestro tiempo: la enorme

Jaime de Ojeda es embajador de España en Washington.

velocidad, capacidad y alcance de las comunicaciones y de la información, tanto hacia el interior del tejido social como hacia el exterior de su entorno universal, han constituido el vehículo de la profunda transformación política que estamos viviendo.

Ahora bien, no hay rosas sin espinas, y el enorme optimismo y las ilusionadas expectativas con que ha sido acogida esta radical “transición” de nuestro mundo también se ve compensado por factores negativos no menos preocupantes. A la esperanza de un “nuevo orden mundial”, de una vida nacional e internacional más ordenada, pacífica y racional, se contraponen la reaparición de problemas que creíamos olvidados o superados, y su ventilación en violentos conflictos que asoman por doquier dando la impresión de que la transición de nuestros días nos lleva más bien aun “nuevo desorden mundial”.

En Europa, conflictos de nacionalidades, minorías, religiones y fronteras reaparecen con preocupante violencia y parecen prevalecer negativamente sobre otros fenómenos tales como el proceso de integración europea, la solidaridad occidental en todos los campos y la extensión de la democracia y el respeto a los derechos humanos en toda América, Europa y en los nuevos Estados de la antigua Unión Soviética. Es un hecho que en el mundo entero hay mucho mayor desorden y violencia hoy que antes.

Todos esos países están intentando comprender el sentido negativo y positivo de esta gran transición mundial. Nos esforzamos por comprender y adaptar nuestra política exterior y la misma estructura de nuestras relaciones internacionales a las nuevas circunstancias que creemos entrever.

En realidad, no hay motivo ni de optimismo ni de pesimismo. Nadie ha podido tener la ingenuidad de creer que la disolución de la URSS y el final de la era de confrontación total y global de superpotencias iba a verse sucedida por una paz y armonía universales.

La vida es una sucesión ininterrumpida de problemas que, sin embargo, hemos de ir superando, a veces con éxito, otras con fracaso, a veces con razón y otras sin ella. En la vida política lo que importa no es tanto la existencia y reiteración de los problemas como la manera y los métodos que se empleen para resolverlos. De esta manera, la violenta reaparición de conflictos de minorías y nacionalidades en los países hasta ahora “ordenados” por los sistemas comunistas, no prueba más que las soluciones autoritarias y dictatoriales no resuelven realmente nada sino que, al contrario, exacerban los problemas políticos que con tanta fuerza reprimían. Ello debiera confirmar nuestra convicción de que la democracia y el respeto a los derechos humanos son la única manera en

que la historia de nuestros días ha demostrado pueden resolverse esos problemas o al menos propiciarse la solución que sólo el tiempo puede traer sobre esa base.

También debe animarnos en cuanto que representa una severa advertencia a los que, cediendo a la impaciencia por la lentitud con la que progresan las democracias, se sientan tentados a subvertirlas con golpes militares u otras reacciones dictatoriales que, como se ha visto en tantos lugares como Chile, Argentina, Brasil y Uruguay, acaban no resolviendo nada y agravando las causas de los problemas que quisieron resolver con el espadón.

El desorden mundial que contemplamos en nuestros días es, en muchos sentidos, consecuencia directa de la dramática disolución de la Unión Soviética como superpotencia y de la desaparición de su confrontación global con EE UU, en un orden bipolar con que ambas superpotencias contenían y controlaban multitud de problemas regionales. Este paradójico “orden” se rompía tan sólo a través de conflictos simbólicos entre ambas superpotencias, como en Corea y Vietnam, o a través de sus Estados clientes en África, Asia y América. A pesar de la gran tensión que esa confrontación suponía, había estructurado realmente al mundo en un “orden” que aún determina nuestras actitudes, nuestra política exterior y las estructuras de nuestra diplomacia internacional. Bajo la amenaza apocalíptica de la guerra nuclear ambas superpotencias fueron creando, a través de una larga sucesión de fórmulas, experimentos e intentonas, un orden mundial operativo que permitió evitar una nueva guerra mundial, introdujo una relativa racionalización de la confrontación y del control de armamentos e impuso un código de conducta universal.

A nuestros tiempos toca la responsabilidad de encaminar la transición mundial hacia un nuevo sistema internacional que logre la misma operatividad y racionalización que el anterior.

Todos los ojos se han vuelto hacia la única superpotencia que ha sobrevivido a la era de la confrontación mundial: Estados Unidos y sus aliados, dotados de un potencial militar convencional y nuclear, concebido para la confrontación global con la antigua URSS, pero ahora, con su disolución, convertidos en un gigante sin contrincante. Las Fuerzas Armadas de EE UU y de sus aliados no están estructuradas, equipadas o entrenadas para el tipo de conflictos que desgarran ahora a Yugoslavia y amenazan a los nuevos Estados surgidos de la Unión Soviética. Naturalmente que sería fácil transformar este potencial militar, como también lo sería transformar a la misma OTAN, en función de las necesidades militares que están caracterizando al “nuevo orden mundial”.

Pero no es esto lo que queremos, ni EE UU puede convertirse en el

“Estado-policía” del mundo. No lo queremos pues los múltiples problemas locales y regionales que reaparecen al desaparecer el orden bipolar del sistema de superpotencias rivales no pueden resolverse con soluciones impuestas desde fuera. Sólo los mismos protagonistas pueden resolver de manera eficaz y duradera sus propios problemas, como España ha predicado tanto tiempo en el caso de América Central y como se ha visto demostrado en tantos otros lugares, desde la misma transición política en España –un ejemplo positivo– hasta el resultado pírrico de la guerra en el golfo Pérsico contra Irak –un ejemplo negativo–.

Pero es que, además, Estados Unidos y sus aliados no podrían hacerlo aunque quisieran. Olvidamos con facilidad el enorme esfuerzo tecnológico y económico que ha supuesto la confrontación de ambas potencias durante los últimos cincuenta años. Sabemos que la Unión Soviética perdió la carrera de armamentos, a la que dedicó esfuerzos titánicos que arruinaron irreversiblemente su economía y con ella la validez de su sistema político. Es probable que sin la amenaza del nuevo y aún más costoso capítulo tecnológico que significaba el programa norteamericano de Iniciativa de Defensa Estratégica, lanzado en 1983, la URSS hubiese podido continuar algunos años más en su ineludible bancarrota.

El hecho es que, junto a la disuasión nuclear, ha existido una auténtica disuasión económica contra la guerra. No es sólo que una ruptura del equilibrio estratégico hubiese acarreado una guerra nuclear de consecuencias absolutamente inaceptables para ambas partes. Es que además ni EE UU ni la antigua URSS, ni menos aún los países europeos podían permitirse el lujo de una guerra convencional. El desarrollo tecnológico de los últimos años ha ido creciendo en progresión geométrica y ha impuesto, naturalmente, una constante modernización de los Ejércitos con armas y equipos cada vez más costosos. La estrategia de ambos bloques se había convertido en una auténtica novela de “ciencia ficción”. Es más, son numerosas las novelas realmente fascinantes que intentan imaginar lo que hubiese sido la Tercera Guerra mundial. En términos económicos, sin embargo, ello significa que un día de combate habría supuesto gastos y pérdidas de material que ni EE UU habría podido soportar: como decía un ocurrente observador en la OTAN, “un día de guerra ¡diez años de deuda!”. El esfuerzo bélico de EE UU en la reciente guerra del golfo Pérsico se ha calculado llegó a costar mil millones de dólares al día.

Por otro lado, nos reímos del fracaso tecnológico, económico y político de la URSS, pero no vemos la viga en el propio ojo. Pocos se dan cuenta de que EE UU y con él todos los países occidentales también han estado sufriendo, para mantener el enorme esfuerzo militar que supuso la confrontación mundial en los últimos cincuenta años, las mismas cargas

que acabaron arruinando a la Unión Soviética y disolviendo su sistema político. Los problemas económicos del mundo capitalista no son menos graves y pueden con facilidad trazarse paralelamente al enorme esfuerzo defensivo de toda esta época. En Estados Unidos se reconoce ya el origen de su crisis económica en la política seguida durante la guerra en Vietnam y con ella el lento deterioro de todo el sistema internacional de Bretón Woods y la actual crisis económica mundial. Es más, son muchos los economistas que reconocen no saber explicar cómo se ha mantenido en pie la economía capitalista en Occidente a pesar de su evidente “desestructuración” y “desregulación”.

¿Quién, en estas circunstancias, qué país o qué conjunto de países, puede pretender asumir el papel de gendarme universal? La guerra en el golfo Pérsico ha demostrado la incapacidad del mismo EE UU y sus aliados para esta función. La “disuasión económica” se convirtió rápidamente en la primera preocupación de EE UU y aún suponiendo que sus aliados en todos los continentes consintieran de nuevo en contribuir a su financiación, EE UU y quienes les acompañaron en el golfo Pérsico, no podrían repetir indefinidamente el mismo esfuerzo.

Ahora bien, también en la guerra del golfo Pérsico hemos visto resucitar el concepto de seguridad colectiva tal y como aparece consagrado en la Carta de las Naciones Unidas. Desaparecido el bloqueo en que se encontraba el Consejo de Seguridad por el enfrentamiento de las dos superpotencias, ha comenzado a funcionar en la manera en que había sido concebido. Es evidente que, en el futuro, coaliciones internacionales y soluciones diplomáticas serán cada vez más necesarias para poder enfrentarnos con la creciente complejidad y pluralidad de centros independientes de decisión que, liberados ahora de la contención regional del juego de superpotencias, actúan cada vez con mayor independencia en un heterogéneo contexto de naciones y regiones.

Efectivamente, aunque no existieran las restricciones económicas que implica una intervención armada, es evidente que en la nueva coyuntura mundial no es tanto la milicia como la diplomacia la llamada a encontrar soluciones. El sarampión de problemas que brota por el mundo entero nos enfrenta, por un lado, ante situaciones frente a las que no podemos permanecer indiferentes y, por otro lado, ante conflictos que no pueden resolverse militarmente. Y ambas cosas por dos razones: porque la interdependencia a escala mundial se impone por motivos morales y prácticos y porque la configuración de esos conflictos, aunque se manifiesten por la vía de las armas, es esencialmente política.

Ahora que vuelven a aparecer en las noticias toda clase de regiones y nacionalidades que habíamos olvidado desde la Paz de Versalles y la

Revolución Soviética de 1917, algunos creen que volvemos a la situación anterior a la Gran Guerra de 1914 con todo el laberinto de los Balcanes, el mosaico de Europa oriental y los kanatos de Asia central. La madre nonagenaria de un amigo mío, de origen austríaco, se alegraba de “comprender de nuevo lo que dicen los periódicos” que le recordaban los que leía en su primera juventud.

Sin embargo, la situación es muy diferente por mucho que la toponimia nos recuerde el pasado. Así como entonces los conflictos regionales, y particularmente en los Balcanes, eran aprovechados por las grandes potencias de entonces en su juego de intereses y así como, a su vez, los protagonistas locales intentaban arrastrar a los grandes en favor de su posición –lo que llevó a la guerra de 1914– ahora la enorme interdependencia política impuesta por la revolución tecnológica de las comunicaciones y la información no nos permite permanecer indiferentes mientras pequeñas minorías se dedican al recíproco genocidio; o Estados de olvidada o desconocida pronunciación se lanzan a guerrear en sus estrechos confines con armas concebidas para conflictos continentales. El triunfo del concepto internacional de los derechos humanos, ideado en la Carta de las Naciones Unidas y conseguido en Europa por la CSCE, estimula en la opinión pública occidental una reacción moral ante su violación en cualquier parte del mundo, pero especialmente en Europa, lo que obliga a los Gobiernos, por muy cínicos que quieran ser, a una política activa. La indiferencia o la neutralidad no son actitudes políticamente rentables ante la violación de derechos humanos en otros países o regiones, de la misma manera en que éstos no pueden ya argumentar que su soberanía excluye la injerencia extranjera en su “dominio reservado”. Este es el gran triunfo moral de nuestro tiempo.

De la misma manera las “grandes potencias” no pueden aprovechar estos conflictos en interés propio ni pueden dejarse arrastrar por intereses locales en detrimento del interés general, porque éste se ha impuesto por la misma interdependencia económica, política y militar que ahora une a regiones enteras y prácticamente al mundo entero.

Un ejemplo bien claro de esta situación lo tenemos en los Balcanes de hoy. La disolución de Yugoslavia, dividida en esos nombres que evocan al imperio de los Habsburgos, constituye un conflicto político completamente diferente al del pasado siglo. A pesar de ciertas tentaciones “tradicionales”, ni Rusia, ni Francia, menos aún Alemania y Austria, se han visto inclinadas a sacar partido de la triste situación que padece esa pobre región. Igualmente, los intentos descarados y cínicos de los dirigentes locales (restos políticos de la nomenclatura comunista) de los nuevos Estados en que se ha desgarrado Yugoslavia, por legitimar su

autoridad no democrática y valerse del gran espantajo de la injerencia extranjera –como solían hacer en el siglo XIX– no han encontrado más que la repulsa interna y el aislamiento internacional. Antes bien, todos los Estados circundantes y el resto de Europa han procurado arrumbar sus “tradiciones” como en el caso de las simpatías proserbias de Rusia y Francia, las procroatas y eslovenas de Alemania y Austria y la solidaridad turca con Bosnia, e intentan conducir a las partes a una solución negociada y encarrilada por las Naciones Unidas con “fuerzas de paz” de los mismos países que en el siglo pasado se hubieran embarcado en rumbos de colisión. A ello se ven estimulados por el escándalo que las noticias diarias provocan en la opinión pública occidental que no comprende la aparente pasividad de sus Gobiernos, aunque tampoco sienta simpatía por el infortunio de los refugiados.

Por su lado, los Gobiernos no saben qué hacer, ya que una intervención militar no conduciría a una solución permanente. No es ya que los Balcanes constituyen una geografía infranqueable, tradicionalmente apta para una estrategia de guerrilla que paralizaría la acción de una intervención regular, es que la situación misma tiene unas características eminentemente políticas que excluyen la utilidad de una intervención militar. En efecto: por un lado los conflictos internos entre croatas y bosniacos, albaneses y macedonios con los serbios son muy profundos, arrancan desde la época del Gran Cisma del año 1054, han sido exacerbados por divisiones religiosas, traiciones políticas en la época de la dominación turca, y muy especialmente por las lealtades divididas durante la ocupación alemana en la última guerra y las atrocidades cometidas por sus clientes, en especial por los croatas; pero es que tampoco existen etnias territorialmente definidas como en el pasado; y serbios, croatas, bosniacos, albaneses y macedonios, prácticamente todos ellos eslavos, además de numerosas otras minorías como los húngaros, rumanos y búlgaros, conviven en un calidoscopio étnico de imposible partición.

¿Qué puede conseguir una intervención armada en este contexto? A lo más una pacificación duramente impuesta, constantemente interrumpida por golpes de guerrilla, sobre unas fronteras difícilmente distinguibles y menos aún justificables. Al término de la intervención armada las potencias interventoras se encontrarían con la misma situación política que antes de ella.

Se demuestra así: 1) que nadie puede permanecer indiferente ante la violación indiscriminada de derechos humanos en países vecinos; 2) que ningún Estado puede escapar a una responsabilidad solidaria ante una tal situación; 3) que no existe un potencial militar ni estructurado, ni preparado, ni dirigido, a contener este tipo de conflictos y 4) que su solución en todo caso no puede conseguirse por vía militar sino política.

Para lograr nuestros objetivos no faltan las instituciones. Ante todo están las Naciones Unidas y la renovación de su funcionamiento a través de las Fuerzas para el Mantenimiento de la Paz. En estos momentos se prepara una importante intervención en Camboya que sigue al éxito de las organizadas para Nicaragua y El Salvador, en las que España ha tenido una participación tan brillante como efectiva. En Europa la Comunidad Europea ha intentado una acción diplomática en Yugoslavia a través de la Conferencia de Londres, apoyada militarmente por la OTAN y la UEO. Olvidamos, sin embargo, que el Consejo de Europa abarca también, con una amplia organización y un cúmulo de instrumentos jurídicos de toda clase, a los países de Europa central y oriental, no menos que a los neutrales como Austria, Finlandia, Suecia y Suiza. Más importante aún debiera ser la CSCE que incluye a Estados Unidos, Canadá y los nuevos Estados que, con Rusia, han sucedido a la URSS.

La definición de los problemas que sacuden a Europa, en concreto el carácter eminentemente político de los conflictos de la antigua Yugoslavia y de lo que era la Unión Soviética señalan a todas luces en la dirección de la CSCE, porque no son problemas de fronteras o de nacionalidades que pugnan por su independencia tanto como problemas de derechos humanos. Después de 75 años de Unión Soviética los países bálticos –prácticamente los únicos casos de auténtica independencia– no pueden desconocer su íntima conexión social con los muchos ciudadanos rusos, ucranios y bielorrusos, por no citar más que a los más numerosos, que forman parte hoy día del conjunto de sus legítimos habitantes. Lo mismo pasa en Moldavia, Ucrania, Bielorrusia y los nuevos Estados surgidos en el Asia central: la infraestructura económica, educativa, cultural y hasta lingüística que los unía en la antigua Unión Soviética, revela que sus problemas no se resuelven con independencias más o menos artificiales sino con una compensación adecuada que remedie el centralismo dictatorial y opresivo de la antigua URSS, conjuntamente con fórmulas de respeto a los derechos humanos de la multitud de minorías que se han integrado en regiones tan dispares.

Lo que hay que hacer en Yugoslavia y en la antigua URSS es imponer soluciones de autonomía política y de respeto a los derechos humanos obligando a los protagonistas a negociar bajo la autoridad de la CSCE, con la orientación del Acta Final de Helsinki y al estilo de la Conferencia de Madrid para el Oriente Próximo, es decir, haciendo que sean los protagonistas quienes negocien exclusivamente entre sí, bajo la observación, el auxilio y, si fuera necesaria la presión de los demás miembros de la CSCE. Por su parte, la OTAN ha ampliado su alcance político a través del Consejo de Cooperación del Atlántico Norte

(CCAN) e irá poco a poco encontrando su futura vocación militar en el seno de la CSCE.

En realidad, lo que falta en Europa no son ni las instituciones ni los medios políticos y militares para imponer una solución pacífica en estos conflictos de nacionalidades y minorías que caracterizan la magna transición política de nuestros días. Lo que realmente falta es convicción y determinación. ¿Dónde está esa tan cacareada Europa que tanto presume de su pasado, de su excelsa entidad cultural y de su creciente unidad? Su integración económica no habría sucedido sin la destrucción de la Segunda Guerra mundial y aún así se ve sacudida hoy en día por multitud de intereses egoístas de naciones que aún no se han dado cuenta de que no existen fuera del conjunto.

Políticamente, la insolidaridad y la irresponsabilidad de los europeos son realmente incomprensibles. Encerrados tras sus barreras tarifarias e inmigratorias, los europeos no buscan más que disfrutar de su obscena opulencia económica, intentando emular paradójicamente a los norteamericanos en su consumismo, pero ignorando los factores éticos que los compensan en Estados Unidos. En su egoísmo indiferente parecen no darse cuenta de que su torre de marfil está rodeada de un oleaje cada vez más encrespado y amenazador.

Más allá de los confines europeos, más allá de Yugoslavia, de Europa oriental y del Asia central –la zona de la CSCE– se percibe un horizonte preñado de problemas que afectarán duramente al mundo occidental, aunque Europa no lo quiera, y que posiblemente escapen a la capacidad del incipiente sistema de seguridad colectiva y coaliciones internacionales que estamos construyendo a tientos y caso por caso en las Naciones Unidas, en la CE y en la CSCE, con el apoyo de la OTAN y la UEO.

Ese horizonte está compuesto de dos grandes corrientes generales aún no concretadas en situaciones específicas: las consecuencias políticas y sociales de la economía capitalista mundial y la resultante confrontación entre Norte y Sur y aún entre Este y Oeste.

En lo que concierne a la economía, nos asombra en el mundo entero el hecho de su universalidad e interdependencia. La verdadera revolución de nuestros tiempos, desde el fin de la Segunda Guerra mundial, ha sido la revolución de las comunicaciones. La facilidad y velocidad con las que trabajo, capital y mercancías, mensajes e información se intercambian hoy en día entre las regiones más remotas del globo no sólo significan que ningún miembro de la comunidad internacional pueda ceder a la tentación de crear bloques regionales económicos y comerciales tras barreras exclusivas y protectoras –sus ventajas no pueden compensar de ninguna manera sus desventajas–, sino que también significa que todo el sistema

se sobrepone, a escala mundial, por encima de fronteras nacionales y de la soberanía del Estado-nación.

Además, esta estructura económica mundial ha adoptado como ideología básica el capitalismo y el mercado libre. En gran medida, la revolución de las comunicaciones ha conducido a este resultado: ningún otro sistema habría podido asimilar y operar con la amplitud mundial de acceso a los mercados y el flujo de información, capital, trabajo y mercancías que produce. La caída del sistema comunista ha sido también su consecuencia: la *perestroika* fue principalmente el reconocimiento de que los sistemas de economía estatal y mercado por decreto habían fracasado y simplemente seguiría empeorando si no aceptaba las consecuencias de la nueva interrelación mundial de los factores económicos.

Sin embargo, el sistema capitalista mundial también ha significado una muy severa restricción de la capacidad del Estado-nación dentro de su propia arena política. La libre competencia y la libertad de mercados beneficia a los que están en mejores condiciones y ello lleva al crecimiento alarmante de la desigualdad entre las naciones. Los países pobres continúan empobreciéndose, como lo demuestra la dramática caída de Brasil y de Argentina, y las perspectivas de otros países de África, Asia y América, que no tienen ninguna esperanza de corregir esa tendencia. Su creciente pauperización va acompañada por la destrucción de sus estructuras sociales que, en muchos casos, son feudales, monopolísticas u oligárquicas, pero de las que dependen masas enteras que no encontrarán un fácil sustituto en el mercado libre y la competición internacional/El crecimiento demográfico y las emigraciones masivas irán aumentando inevitablemente y esto supondrá mayores tensiones internacionales.

Las mismas consecuencias del capitalismo mundial pueden percibirse en las tragedias ecológicas que estamos viviendo y en la creciente lucha por obtener el acceso a los recursos naturales, como el petróleo e incluso el agua.

En segundo lugar, el sistema político de relaciones internacionales en el que se mueven nuestras naciones no está preparado para este reto. Es de esperar una gran inestabilidad mundial para la que tenemos que prepararnos e ir moldeando un nuevo orden político mundial que sustituya al basado en la confrontación de superpotencias.

El principio de soberanía nacional ha estado preservando la integridad territorial y la independencia política de los países a través de una intrincada red de relaciones diplomáticas, sobre la pauta marcada por el derecho internacional y al amparo de toda una serie de instituciones

internacionales, en especial la ONU. Sin embargo, la realidad de una economía mundial priva a la soberanía de gran parte de su suficiencia teórica y el íntimo contacto entre todos los pueblos que ofrece la revolución de las comunicaciones no permite que atrocidades y violaciones de derechos humanos se puedan llevar a cabo bajo el manto protector de la soberanía.

Con el principio de autodeterminación se intentó poner remedio a los extremos de la soberanía. Al final de la Primera Guerra mundial se pensó que si cada nación pudiera liberarse del dominio extranjero se garantizaría notablemente la estabilidad mundial. Posteriormente, hemos intentado extender la vinculación de todos los países a los principios democráticos y constitucionales como una manera de introducir mecanismos internos que solucionen sus problemas e impidan así las guerras.

Sin embargo, hemos visto durante nuestra propia vida cómo las instituciones democráticas pueden fracasar o verse desbordadas por grandes movimientos emotivos e irracionales. También vemos en nuestros propios días cuánta violencia puede acarrear el principio de autodeterminación cuando se lleva más allá de las necesidades de un legítimo autogobierno.

En Europa hemos encontrado un instrumento efectivo en el Acta Final de Helsinki de 1975. La CSCE ha convertido el principio de los derechos humanos en divisa internacional. Anteriormente, la Carta de las Naciones Unidas, y aún antes la Liga de las Naciones, no habían logrado forzar la cuestión de los derechos humanos contra la aséptica distinción entre legitimidad doméstica e internacional. Hasta Helsinki, el respeto a los derechos humanos era del dominio exclusivo de las naciones soberanas y cualquier llamamiento de otras era considerado como una interferencia inadmisibles en sus asuntos internos.

Aun así, el respeto a la democracia y a los derechos humanos, consagrado en las Naciones Unidas y empleado como retórica política por quienes más los violaban, ha penetrado lentamente a través del muro de la soberanía gracias a reiteradas conferencias de revisión de la CSCE hasta que finalmente ha logrado quebrar a los regímenes comunistas en la antigua Unión Soviética y en los desafortunados países de Europa oriental. Esta contribución de la CSCE a la estabilidad en Europa ha sido de la mayor importancia. Por eso, esperamos ver la extensión de su sistema a las nuevas repúblicas que han sucedido al mundo comunista. En el resto del planeta, sin embargo, nos enfrentamos con una situación de gran inestabilidad. Abandonadas a sus propios medios, viejas y nuevas naciones en África e Hispanoamérica, lo que hemos dado en llamar el "Tercer Mundo", están luchando para superar toda clase de nuevos problemas políticos y sociales. Desgraciadamente, la democracia es lenta

en resultados y casi imposible en las condiciones en que viven esos pueblos. Otros siguieron el modelo de los países comunistas en la Unión Soviética y en la Europa oriental, y el fracaso de este modelo les ha privado de legitimidad política.

En estas circunstancias, los países islámicos, desencantados por el fracaso de su secularización política, se están yendo hacia el fundamentalismo y el nacionalismo. Las consecuencias para Europa de una revolución fundamentalista en el norte de África serían muy fuertes ya que significaría un claro rechazo de los valores occidentales, que alimentaría una actitud militante basada en el nacionalismo. Pueden sentirse inclinados algún día a superar sus terribles problemas económicos y políticos por el uso de la fuerza. Y, sin embargo, sus propósitos son legítimos: quieren oportunidades educativas y laborales y, en fin, una participación en la opulenta riqueza de Occidente.

En la región del Mediterráneo occidental estamos intentando iniciar un remedio de esta situación a través de diversas propuestas y medidas de carácter económico, laboral y educativo. Una Conferencia de Seguridad y Cooperación en el Mediterráneo, siguiendo el modelo de la CSCE, puede ofrecer una estructura adecuada para discutir y negociar diferencias tanto en el campo económico como en el de la defensa.

Estamos intentando también hacer esto en Hispanoamérica, en estrecha cooperación con Estados Unidos, que está directamente interesado en una región en la que España todavía ejerce considerable influencia moral y política. Desde 1976 España ha estado apoyando activamente a regímenes democráticos y facilitando transiciones pacíficas en todo el continente americano, incluso en Cuba. Este esfuerzo político ha venido acompañado de importantes créditos y concesiones financieras.

Por último, unas consideraciones sobre los países occidentales y en particular sobre las relaciones entre Estados Unidos y Europa en la OTAN y la CE.

En nuestras sempiternas querellas en cuestiones de defensa y comercio haríamos bien en recordar la creciente turbulencia de nuestro mundo y las dificultades que tenemos en controlarla. Estados Unidos y Europa, con sus aliados en Asia y Oceanía, se están enfrentando con un mundo de creciente complejidad en el que viejos y nuevos conflictos de todas clases surgirán como en un sarampión global y que ahora no estará controlado y contenido por el orden bipolar de las superpotencias, sino que estallarán dentro de sus propios contextos regionales y centrífugos. Por añadidura, a medida que el desarrollo económico de tantas regiones continúe y mientras el mercado de armas siga siendo uno de los más

lucrativos del mundo desarrollado, muchas de las nuevas naciones independientes podrán rearmarse y enfrentarse en guerras sumamente destructivas.

Se ha intentado disminuir este riesgo mediante el control mundial de los armamentos; pero el cumplimiento y verificación de esos controles se hará cada vez más difícil como lo prueban los casos de Libia, Israel, Irak y Corea del Norte. Por otro lado, las armas convencionales prácticamente compiten en capacidad destructiva con las armas de destrucción de masas, nucleares, químicas y biológicas. Igualmente, tecnologías militares avanzadas, como la de los misiles, no podrán ser contenidas indefinidamente y estarán cada vez más al alcance de cualquiera.

En estas circunstancias los países occidentales debemos de permanecer unidos: compartimos los mismos valores políticos y morales mientras que el resto del mundo que emerge en torno parece abrazar ideologías diferentes y quizás competitivas. La OTAN y la CSCE nos han mostrado el camino con el éxito de su empresa. Representan también la auténtica comunidad que Norteamérica y Europa han formado tanto en el terreno de la defensa como en el de la economía. Prácticamente la mitad de las inversiones extranjeras de Norteamérica y de Europa se han efectuado en la otra mitad de esta comunidad trasatlántica. Por esta razón debiéramos tratar nuestras diferencias económicas con considerable prudencia. Nuestros países se verán siempre separados por diferencias comerciales de la misma manera que ello ocurre en regiones de una misma nación e incluso en sectores diferentes de la misma economía. Pero la auténtica interdependencia que nos une y los retos con que nos enfrentamos en el mundo emergente recomiendan que tratemos esas diferencias con racionalidad, conscientes de que estamos tratando con la misma identidad económica a pesar de que esté manejada por un sistema de Gobiernos independientes. En realidad nuestra estructura internacional de Estados-nación soberanos se ha visto desbordada en gran medida por la realidad de nuestra vida económica.

Lo mismo ocurre en el terreno de la defensa. La tecnología militar opera sobre un alcance de tal amplitud que exige estrategias a escala continental. Ninguno de nuestros países, ni siquiera Estados Unidos, puede con sus solos medios costear la investigación y la producción de las armas modernas, ni tampoco puede desplegarlas y operarlas más que a escala continental. Por ello, debemos también recordar que formamos una comunidad de defensa de Estados interdependientes. Los esfuerzos que hacen algunos países europeos por reunir y organizar su propia defensa, no deben ser vistos por EE UU como un esfuerzo por excluirlos de Europa sino más bien como un intento de compartir el peso de nuestra defensa

común de una manera más racional. Alternativamente, quienes en Europa quieren que tal esfuerzo tenga un carácter antinorteamericano, olvidan que no existe defensa europea sin EE UU y Canadá.

Para concluir, en este año en que España está celebrando el triángulo de acontecimientos compuesto por el V Centenario de 1492, el Mercado Único Europeo al final de 1992, y sus diez primeros años en la OTAN, este feliz cúmulo de eventos americanos y europeos, tanto económicos como defensivos puede marcar el rumbo que deben seguir nuestras naciones en la incertidumbre del futuro que se abre ante el mundo entero.